

*Binomio* de Amaya González puede entenderse como un diálogo de amor, un ritual de iniciación entre dos cuerpos desnudos desprovisto de habla, tal vez incluso de placer, tan sólo hecho de signos, nada más que líneas, como caricias pintadas que van trazando preguntas y respuestas canalizadas únicamente a través de la piel. Verdaderamente se nos dispone - de una forma tan sencilla como plástica - la última esencia - ¿o la primera? - del contacto humano, de la demanda de réplica o, tal vez, de amor, y se nos muestra que ésta siempre acaba por volverse signo compartido que se despliega en una recreación infinita cuya duración o extensión podría ser la vida entera. El amor, decía Barthes, es justamente la capacidad de crear sentidos siempre, en todas partes, de nada. Lo que estos dos cuerpos hacen surgir, o mejor: lo que transita entre las manos y la piel de ambos es una pre-escritura sostenida a dos manos, entre dos cuerpos furtivos a la mirada que hablan corporalmente, como en el reducto gozoso de una carnalidad primera, festiva, casi adánica. Vemos, pues, cómo un hombre establece el contacto; con un gesto tenue comienza a trazar formas muy simples, esquemáticas, casi infantiles en lo que tienen de concreción ideal -cuadrado, círculo, triángulo; las primeras formas que, sin duda, a uno le vienen a la cabeza: platónico don - y contemplamos inmediatamente entonces una piel femenina que responde, y que responde sin ver, esto es: a ciegas, puro estremecimiento de un trazo o una sensación nada más que orgánicos, sin que el mensaje llegue a circular por los territorios de la conciencia, sin que se alcance ninguna abstracción de sentido, sin que medie siquiera un yo y un tú enfrentados por la contemplación del rostro. Aquí no hay nada más que persecución o eco de una circulación compartida que gusta de mantenerse en una destilación mínima, casi secreta, como en la dimensión auroral de un contacto naciente que no se desea romper. Y así, esos mismos signos humildes y sutiles, casi clandestinos, poco a poco irán creciendo y desplegando su felicidad cadenciosa de un cuerpo a otro, y de éste a un papel que guardará el recuerdo de lo transitado, y que, siendo en verdad las mismas marcas de un solo rumor a dos voces, han de mostrar, sin embargo, el intervalo necesario, la diferencia estricta de tonalidad con que cada cuerpo traza el recorrido de esa pasión, la decisión de ese contacto.

*Alberto Ruiz de Samaniego.*